

LIBROS



Leopoldo Flores, *La muerte de Teseo (Autodestrucción)* [detalle].
SERIE: MITOS. EL HILO DE ARIADNA, acrílico/tela, 1993.

La gracia del sentir

Toda acción es un diálogo del ser con el mundo. La gracia del sentir es la palabra.

PEDRO SALVADOR ALE

PEDRO SALVADOR ALE
YOSADHARA
dibujos de
CALDERON

NORTE/SUR

Una vez concluida la lectura de *Yosadhara*, la obra más reciente de Pedro Salvador Ale, se antoja una estrecha e inevitable relación con uno de los poemas señeros de Jaime Sabines: "Adán y Eva" (1952). En éste, el poeta chiapaneco configura –atreve– un primer escenario del lenguaje a partir de las dos figuras bíblicas. Tal apostamiento en el origen no sólo permite la idea, consagrada en el texto, de un bautismo del mundo, sino la consiguiente exploración del decir, emanado de la epifanía más pura y total. A partir de una serie de revelaciones que les expone su entorno intacto, Adán y Eva construyen –y así se explica la función del mito– una *imago mundi*; es decir brindan sustento, sentido y unidad al conjunto de apariencias dadas, respuestas metafóricas a los cuestionamientos que les lanza natura.

Si la pasión motivó la presencia del lenguaje, como afirma Jean-Jacques Rousseau en su *Ensayo sobre el origen de las lenguas*, el amor de la primera pareja por las cosas, el amor nacido de ellos mismos, posibilitó un estado de la palabra que, por elemental, es el primero y único posible para expresar dichas comuniones: el estado lírico. La poesía, como vehículo de intuición y, en último lugar, de conocimiento sobre lo inefable –aquí, justamente, como lo que todavía no tiene nombre– es la savia que corre por el árbol de la ciencia, exhibición, según Borges, de una "magia menor" sobre los elementos. Y es que este ejercicio de metamorfosis, esta *práctica de vuelo*, no se

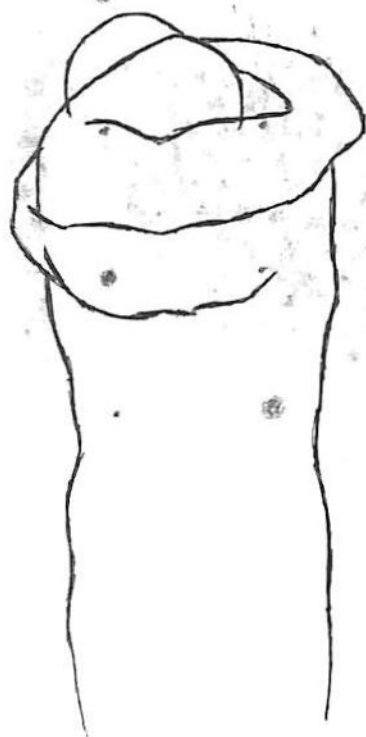
diferencia de los atributos gestores y gestadores de Dios. La divinidad pone un texto cifrado ante nuestros ojos, lo postula, lo nomina; el hombre dispone de él, lo denomina. Expulsados del "jardín embrujado", tal y como el poeta colombiano William Ospina define la poesía, Adán y Eva parten hacia la habitación y fecundación de otra tierra que también es morada y fertilidad del lenguaje lejos de su cautiverio.

Desde esta aventura mítica se levanta el largo aliento de *Yosadhara*. Con una peculiar estructura que amalgama la descripción narrativa, la acotación teatral y el monólogo o el diálogo poético, el poema de Pedro Salvador Ale sondea en la intuición el (re)conocimiento del amor a partir de dos presencias que sustituyen ese primer binomio constituido por Adán y Eva: el Tigre y Yosadhara. Pero la poética de Ale no descansa en la correspondencia de tono, forma y espíritu que posee, por ejemplo, el *Banquete*, de Platón, o *Diálogos de amor*, de León Hebreo, donde Sócrates y Diótima, Filón y Sofía promueven una dialéctica basada en la dilucidación del concepto de amor; antes se prefiere un develamiento en una escritura de extensión y distensión, de pulsiones, múltiples voces y contrastes: los cuarenta y dos rostros de Yosadhara, –incluidos el Tigre y ella misma– exigen desdoblamiento y enumeración caóticos, dispersos, a la vez que una focalización en la unidad de los opuestos. Así contempla Octavio Paz, en un fragmento de "Piedra de sol", la condición única y múltiple del objeto amado:

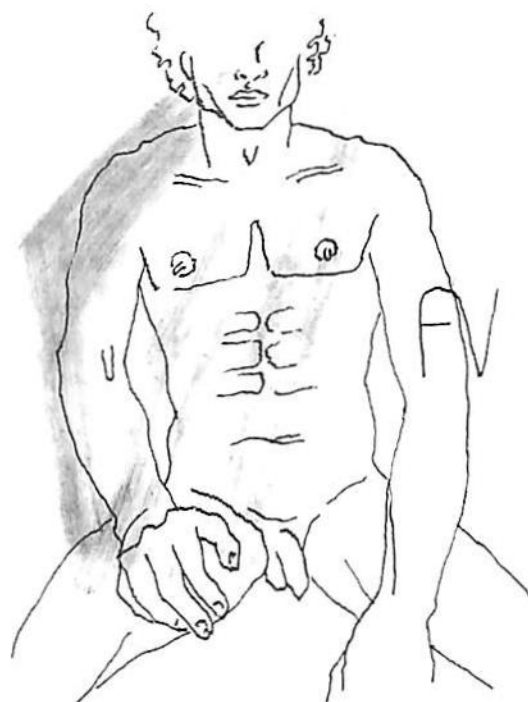


Dibujos de Calderón.





tigre color de luz, pardo venado
por los alrededores de la noche,
entrevista muchacha reclinada
en los balcones verdes de la lluvia,
adolescente rostro innumerable,
he olvidado tu nombre, Melusina,
Laura, Isabel, Perséfone, María,
tienes todos los rostros y ninguno,
eres todas las horas y ninguna,
te pareces al árbol y a la nube,
eres todos los pájaros y un astro,
te pareces al filo de la espada
y a la copa de sangre del verdugo,
yedra que avanza, envuelve y desarraiga
al alma y la divide de sí misma,



De la sabiduría encarnada por los clásicos en la diosa Minerva a Madremayo, esposa, madre o hija de los desaparecidos durante la dictadura militar en Argentina, los cuarenta y dos rostros conforman un mosaico que, más que transgredir los límites de sus campos de visión, los abre y ordena para establecer un contrato poético con lo *otro*. Otredad de la escritura, no como la "esquizofrenia textual" de Giles Deleuze, donde la expresión no escapa a ser habitada, de manera fantasmal, por el mayor número de elementos que determinan el universo simbólico y real del escritor, sino la aceptación rimbaudiana de lo uno como *otro*, un punto de mira intercambiable. Por esta conciencia, los incontables rostros de Yosadhara se reúnen, parafraseando a Gonzalo Rojas, en esa única mujer del viejo paraíso; y el amor innumerable se manifiesta en la palabra a solas. LC

Pedro Salvador Ale, *Yosadhara* (dibujos de Calderón), Norte/Sur, México/Chile/Argentina, 2001, 112 pp.